

BALANCE HISTORIOGRÁFICO.

La historiografía y el centenario de la Revolución rusa

María Teresa LARGO ALONSO
Investigadora independiente
largo36@gmail.com

José María FARALDO JARILLO
Universidad Complutense de Madrid
jm.faraldo@ghis.ucm.es

RESUMEN

Este texto examina las publicaciones acerca de la Revolución rusa de 1917 aparecidas a la luz del centenario, haciendo hincapié en las que consideramos más relevantes. Se pone el foco sobre la aportación original de los autores españoles sin realizar una exploración exhaustiva de todo lo publicado durante este año. Uno de los rasgos más característicos de la extensa producción bibliográfica y hemerográfica en nuestro país sobre el tema ha sido el intento de indagar en la revolución de 1917 con el fin de encontrar pautas explicativas que expliquen y orienten la acción política actual.

PALABRAS CLAVE: Revolución rusa, historiografía, Lenin, España, Rusia.

ABSTRACT

This paper examines the publications about the Russian Revolution of 1917 that appeared in the year of the centenary, emphasizing those that we consider most relevant. The focus is on the original contribution of the Spanish authors without an exhaustive exploration of everything published during this year. One of the most characteristic features of the extensive production in our country on the subject has been the attempt to investigate the 1917 Revolution in order to find explanatory guidelines that explain and guide current political action.

La conmemoración del centenario de la Revolución rusa de 1917 ha asumido, en España, unas características algo peculiares. Los efectos de la crisis económica de la gran recesión de 2008 y la aparición del movimiento 15M parecen haber generado un interés por la revolución que se despliega desde una perspectiva ideológica próxima a la versión más o menos canónica del marxismo. Hallamos así abundantes reediciones de clásicos marxistas como las obras de Reed y Trotski, *Diez días que sacudieron al mundo* e *Historia de la Revolución rusa* o *La Revolución rusa* de Rosa Luxemburgo, pero también testimonios como los de Víctor Serge en *El año I de la Revolución rusa*.

También se han reeditado monografías de carácter conservador, en particular del ámbito anglosajón, como *La Revolución rusa* de Richard Pipes, en la que la revolución es presentada como un golpe de Estado en el que una minoría altamente radicalizada y organizada no dudó en manipular a las masas para legitimar su ocupación del poder. Resulta curioso ver que, pese a que se han publicado en el mundo anglosajón toda una extensa cantidad de nuevos trabajos en los últimos años, muchas editoriales españolas han tirado de catálogo para reeditar libros que, aunque meritorios, tienen en ocasiones más de treinta años, como el *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes*, de Sheila Fitzpatrick, el *Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa*, de Evan Mawdsley (aunque a partir de una edición más reciente) y el *Bujarin y la Revolución bolchevique. Biografía política 1888-1938* de Stephen F. Cohen. Esto no implica que los libros no sean interesantes, pero puede que hubiera sido mejor haber aprovechado la ocasión para publicar alguna de las muchas referencias inéditas más modernas.

Sí que han aparecido, sin embargo, algunas novedades como la *Nueva historia de la Revolución rusa* de Sean McMeekin –una revisión lúcida y sencilla de las últimas tendencias en investigación– y *1917. La revolución rusa* de Rex A. Wade –una síntesis general de historia social de la que beben claramente las publicaciones de Julián Casanova y José M. Faraldo de las que se hablará luego–. Un caso aparte es el *Octubre*, del novelista trotskista China Miéville, una exitosa narración que se acerca más a la novela que a la historia. Se trata de una visión más ortodoxa, pero narrada con brillantez.

1. NOVEDADES

Una obra nueva de carácter especial es la de Catherine Merridale *El tren de Lenin. Los orígenes de la Revolución*. En ella, Merridale dota de una atmósfera propia de una novela de espías a su narración de la llegada de Lenin a Petrogrado. La sólida aportación bibliográfica y documental en que basa su tesis sobre un tema controvertido permite seguir paso a paso la gestación de esa colaboración entre el líder revolucionario y uno de los Estados contendientes. A través de la intrincada red de contactos, en la que brilla con luz propia la figura de Alexander Helphand, Parvus, Alemania y Lenin van a conseguir sus objetivos: liberar el frente oriental de la presión rusa y convertir la guerra imperialista en guerra civil para hacer la revolución socialista, respectivamente. Para ello Lenin debía recorrer un largo camino a través de una Europa en guerra, camino que reproduce la autora a modo de detective que rastrea las huellas de un viaje que se prometía azaroso. La utilización de las redes de exiliados, sindicalistas y activistas políticos obligó a una preparación exhaustiva y a una financiación por medio de sociedades interpuestas que ha dado lugar a inferir la financiación alemana del Partido Bolchevique. La autora, si bien reconoce que los gastos del viaje y de los medios de comunicación corrieron a cargo de la Cancillería del Reich, no valora dicha financiación como sistemática y masiva.

El relato de Merridale de la vida cotidiana del Petrogrado en guerra, refleja el clima de espionaje y contraespionaje a través de anécdotas entre las que se incluyen las idas y venidas de aventureros, diplomáticos y escritores, como Somerset Maugham, que más tarde utilizaría sus andanzas como materia de ficción. En paralelo, la autora muestra de qué forma, en Zurich, en múltiples reuniones con socialdemócratas suizos, suecos, austriacos como Radek, se tejió una red pacifista que colaboró en la organización del traslado. Aunque Merridale concluye que en el entramado de empresas que facilitaron el traslado de Lenin aparecían agentes bolcheviques –Füstenberg– y alemanes –Parvus y Platz– y el aumento de los gastos de publicación de *Pravda* entre abril y junio fue exponencial, no nos deja olvidar tampoco que Gran Bretaña financiaba a los antibolcheviques, sin renunciar a establecer lazos comerciales con el nuevo Estado soviético. Respecto a los actores secundarios

que acompañaron a Lenin en su viaje, la autora destaca la violencia ejercida contra esa vieja guardia leninista, muerta en el gulag o en condiciones oscuras: triste destino para los compañeros de esa aventura.

2. TESTIMONIOS

A lo largo del año se han publicado numerosos libros de testimonio. Uno, a nuestro juicio, excepcional son las memorias de María Bochkarieva, *El Batallón de las Mujeres de la Muerte* recogen la narración de las vicisitudes por las que atravesó la autora, hasta ponerse al frente del primer batallón femenino que combatió en la Primera Guerra Mundial. De origen campesino, su trayectoria refleja una posición política que justifica el punto de vista de Lenin sobre ese grupo social: el carácter conservador en lo político ya que el alineamiento ideológico de esta mujer es con los octubristas y, después de salir clandestinamente de Rusia viajó a Estados Unidos e Inglaterra para conseguir apoyo económico para el Ejército Blanco.

Un testimonio especialmente interesante ha sido el de *Las Cartas desde la revolución bolchevique*, de Jacques Sadoul, capitán al frente de una misión francesa cerca del Gobierno Provisional que tenía el objetivo de mantener a Rusia dentro de la Entente. Las cartas, dirigidas al ministro socialista Albert Thomas, permiten apreciar el día a día de la evolución de la Revolución rusa desde el verano de 1917. La constante relación con Trotski y otros líderes bolcheviques no sólo dan cuenta de las maniobras políticas para hacerse con el poder y mantenerse en el mismo sino también de las negociaciones mantenidas con Alemania hasta la firma del Tratado de Brest-Litovsk y el desarrollo de la guerra civil. Es especialmente interesante observar esta correspondencia como un proceso de la radicalización política de este oficial francés. Su admiración por Trotski le hace apoyar las tesis bolcheviques hasta el punto de colaborar en la formación del Partido Comunista francés y la Komintern.

También desde el punto de vista de los extranjeros se ha publicado el *Atrapados en la Revolución rusa*, de Helen Rappaport, que reúne y analiza las vivencias de un buen número de mujeres y hombres envueltos en la revolución por muy diversas razones. Diplomáticos, periodistas, miembros de la Cruz Roja o de organizaciones similares. Rappaport presta mucha atención al papel de las mujeres, lo que hace que el libro tenga interés desde puntos de vista muy diversos. La capacidad narrativa de Rappaport pone ante nuestros ojos la experiencia y las emociones de los testigos de una manera muy gráfica.

3. GENERALIDADES

Como hemos dicho más arriba, una de las características de la conmemoración en España es su politización. Nada mejor para demostrarlo que el monumental ensayo del profesor Josep Fontana, *El siglo de la Revolución. Una historia del mundo desde 1914*, que, según Gonzalo Pontón es “la mejor historia del siglo XX escrita jamás” (*El País*, Babelia, 16 de diciembre de 2017). No es de la misma opinión Gabriel Tortella en su artículo “El siglo XX: historias para no dormir”, aparecido en *Revista de Libros* (9 de octubre de 2017). En su crítica, Tortella hacía hincapié en este aspecto que hemos mencionado anteriormente: el sesgo altamente ideologizado de su análisis y la parcialidad del mismo. Fontana aborda el estudio del siglo siguiendo la pauta marcada por Hobsbawm, de acuerdo con la cual la pasada centuria se articularía en función de la aparición y desintegración de la Unión Soviética, el corto siglo XX que Fontana prolonga hasta el año inmediatamente anterior al centenario de la revolución. Para ello se apoya en una extensa bibliografía, fundamentalmente anglosajona, que ocupa 195 páginas. De todo el texto apenas algo más del diez por ciento se refiere a la Revolución soviética y su proyección en el contexto internacional, incluida la pérdida de

estatus internacional como superpotencia tras la disolución de la URSS. El enfoque de su ensayo es netamente político y en él la revolución de 1917 sería generadora de progreso, mejores y más igualitarias condiciones de vida para los más humildes, no sólo en Rusia sino en todo el mundo. Frente a esta visión altamente positiva, Occidente y, particularmente, los Estados Unidos, desvirtuarían las iniciales aspiraciones revolucionarias de libertad con sus intervenciones en la guerra civil subsiguiente a la revolución y con el aislamiento al que sometieron al régimen soviético.

Fontana justifica la toma del poder en Rusia por los bolcheviques, por ser los únicos a los que reconoce como verdaderos revolucionarios, olvidando el papel jugado por los eseristas entre el campesinado, que constituía el ochenta por ciento de la población y por el cual Lenin manifestaba un interés meramente coyuntural. Esta ignorancia de otros grupos políticos participantes en la Revolución de Febrero hace que minimice la tensión que se produjo en el II Congreso de los Sóviets, en el que los bolcheviques, al igual que en la Asamblea Constituyente, estaban en minoría. En su relato, la mayoría alcanzada en los sóviets en enero, fruto de la depuración de opositores, indicaría el grado de apoyo alcanzado por los bolcheviques tras el armisticio, obviando el papel intimidatorio y coercitivo de la Cheka, que no se creó en enero del 18 para acabar con la resistencia de los funcionarios a acatar las órdenes del Sovnarkom –como afirma–, sino el 7 de diciembre de 1917, y con objetivos más amplios, de represión general de disidencias.

Fontana no ofrece una explicación convincente de por qué ese régimen de aspiraciones igualitarias acaba convertido en una tiranía, cuya gestión económica producirá hambrunas con millones de muertos. La justificación que avanza se hallaría en la guerra civil, sin ofrecer respuesta para la producida a comienzos de los años treinta, asumiendo acríticamente la posición de la policía secreta que responsabilizaba a las potencias extranjeras de boicotear con saboteadores internos el progreso industrial de la URSS. A lo largo de su análisis pasa de puntillas por los costes humanos que supuso la transferencia de recursos de la agricultura a la industria, considerándolo inevitable para rearmar Rusia ante la amenaza de los fascismos. La conclusión a la que llega es que “Consiguieron [...] salvar al Estado soviético [...] a costa de renunciar a la construcción de una sociedad socialista” (p. 635). Los causantes de esa deriva serían los Gobiernos occidentales capitaneados por los presidentes estadounidenses, calificados todos de forma negativa, defensores no de la democracia sino del capitalismo, frente a los cuales resalta la nobleza de los objetivos soviéticos redentores e igualitarios. En ningún caso se reconoce que la intervención o el apoyo de la URSS a regímenes o levantamientos más allá de sus fronteras implicasen intereses geoestratégicos. En cuanto al declive de la URSS, tanto interna como externamente, sólo en parte se debería al incumplimiento de las expectativas enunciadas de libertad, igualdad, eficiencia y bienestar. Incluso llega a considerar el hundimiento soviético un simple paréntesis, que ha permitido a los países capitalistas dismantelar parte de los avances sociales en sus propios Estados, conseguidos por miedo a la extensión de la revolución, situación que revertirán los nuevos movimientos surgidos en el contexto de crisis del capitalismo desarrollado desde 2008. El autor se sitúa dentro de un cierto milenarismo en el que nuevamente y por imperativo histórico, surgirá un movimiento que provocará la crisis definitiva del capitalismo. Mientras, la –según él– heredera de la Rusia revolucionaria, la Rusia de Putin, y hasta el ISIS, serían, según Fontana, opciones alternativas que capaces de frenar las aspiraciones imperiales de los Estados Unidos.

Uno de los textos más difundidos en España durante este año ha sido *1917. La Revolución rusa 100 años después*. Se trata de un libro colectivo, del que son editores Juan Andrade y Fernando Hernández-Sánchez. En este volumen se pretende, tal como expresan en su presentación, ofrecer diferentes visiones sobre qué supuso la revolución de 1917 y

cómo ha proyectado sus luces y sombras en las sociedades actuales. A través de los distintos artículos que lo integran la revolución es analizada temáticamente con gran amplitud en colaboraciones que revisan la recepción e influencia política ejercida en España, los Estados Unidos y Latinoamérica o el impacto social y cultural de la misma. Josep Fontana repite los argumentos de su libro ya comentado mientras hace una comparación entre el éxito de la revolución en Rusia y su fracaso en Alemania; en ella resalta la idoneidad del punto de vista defendido por Lenin al prescindir del período de transición democrático burgués en beneficio de la revolución socialista, subrayando el “erróneo” planteamiento del SPD, deudor de la línea “revisionista”. El retroceso experimentado por el comunismo en el ámbito internacional tiene que ver, según el autor, con la animadversión y “cruzada” emprendida por Occidente contra la URSS, con el *Estado de bienestar* disfrutado por las democracias occidentales y con la intervención de la Unión Soviética en Praga, aunque destaca al mismo tiempo como la situación de crisis económica y social de los países capitalistas ha favorecido una reactivación de la lucha de clases. Moscoso y Sánchez de León en su contribución hacen del entusiasmo el eje explicativo de la triunfante revolución allí donde no se esperaba, mientras que Antoni Domenech propone evitar el tratamiento peyorativo dado al concepto “dictadura”, para lo que recurre a argumentos teóricos aportados por estudiosos marxistas, prescindiendo de los análisis proporcionados por pensadores liberales.

Aspectos menos estudiados, como el papel de las mujeres en el proceso revolucionario y la forma en que éste influyó en su liberación, son analizados en el artículo de Wendy Goldman. Esta autora destaca el papel desempeñado por leyes como el nuevo Código de Derecho de Familia o el *Zhenotdel* como institución dedicada a dotar de medios que permitan a las mujeres compatibilizar su formación y trabajo con tareas familiares, con el objetivo de participar más activamente en la vida pública. Al mismo tiempo, muestra las resistencias manifestadas en diferentes ámbitos del Partido Bolchevique y de la sociedad ante la modificación de costumbres, crítica a la que se unían las voces de las campesinas que consideraban que las leyes sobre divorcio, reconocimiento de hijos habidos fuera del matrimonio o aborto suponían un peligro para la estabilidad familiar y el cumplimiento de sus responsabilidades por los hombres. Este hecho contribuiría a una reversión del sistema en los años treinta. El balance de Goldman es positivo ya que, pese a ese retroceso, la necesidad de las mujeres durante la planificación industrial y la consciencia que estas habían adquirido sobre sus capacidades se puso de manifiesto en la II Guerra Mundial, ocupando puestos tradicionalmente masculinos como piloto, francotiradoras, médicas o radiotelegrafistas, y aunque no se llegó a una plena equiparación con los hombres se mantuvo un importante legado teórico y práctico.

Rosa Ferré, por su parte, incluye una completa revisión del panorama cultural ruso, extraordinariamente vivo y avanzado, en el momento de producirse la revolución. Según la autora la experimentación sufrirá un retroceso con la llegada de Stalin, supeditando la creación a la “construcción del socialismo”, pese a que en el primer momento del estallido revolucionario se produjo un alineamiento revolucionario bastante generalizado entre los intelectuales. Los artistas luchaban por hacerse con el discurso visual de la revolución, identificando la revolución del lenguaje plástico con la que se estaba produciendo en toda Rusia. Este hecho, sin embargo, pronto se verá limitado por una censura que, tal como expone Ferrer, obligará a definirse con respecto a la revolución bolchevique. Pero, incluso bajo la situación de guerra civil, la vida cultural siguió muy activa y la autora destaca el papel del Narkomprós, dirigido por Lunacharski y Krupskaya, como un motor activador de nuevas formas educativas, inclusivas y potenciadoras de la creatividad a través de los *Vjtemas* o talleres artísticos. Analiza igualmente la importancia del cine en la creación de la épica imagen de la revolución, sin dejar de señalar el uso de la psicología como instrumento de

manipulación del comportamiento humano, con el objetivo de crear ese *Homo sovieticus* perfectamente disciplinado. De acuerdo con la visión estalinista sobre la función del arte en la Rusia soviética, esto haría del dinámico Proletkult un ente perfectamente prescindible, al tiempo que las asociaciones de escritores eran sustituidas por una Unión de Escritores Soviéticos y otras de artistas, arquitectos y compositores que decidían qué y cómo crear esclerotizando la libertad creativa disfrutada.

Serge Wolikov introduce con su artículo sobre la Komintern y su parcial fracaso en la generación de una revolución mundial, una serie de contribuciones sobre la influencia del régimen soviético en otros países. Aurora Bosch se ocupa del impacto limitado de la revolución en los Estados Unidos debido, entre otros factores, a la influencia del libro de Emma Goldman sobre la represión del adversario o el disidente en la URSS. Elvira Concheiro trata el caso de México y la influencia revolucionaria sobre el zapatismo, mientras que Sebastiaan Faber, Ángel Duarte, Francisco Erice y Josep Puigsech se ocupan del caso español, revisando la crisis española de 1917, el trienio bolchevique y las vicisitudes de la escisión provocada en el PSOE por las Juventudes Socialistas, que dieron lugar al PCE, que si bien tuvo escaso éxito durante la dictadura de Primo de Rivera, durante la Guerra Civil aumentó su peso político y su identificación con Rusia. José Luís Martín Ramos estudia el viraje táctico operado en la Komintern al fracasar la tan esperada revolución internacional propiciadora del derrumbe de los regímenes capitalistas, sin olvidar la participación del PCE en el Frente Popular español. Por su parte, Michelangela Di Giacomo y Novella di Nunzio estudian los años en que el PCI se distanció del influjo de la URSS.

José M. Faraldo indaga en cómo Stalin hizo de la victoria de la URSS sobre Hitler el factor sobre el que pivotó su conversión en una superpotencia y el cierre del proceso revolucionario, gracias a la reconstrucción nacional. Ambos aspectos actúan como elementos legitimadores del régimen, independientemente del altísimo coste en vidas humanas. El autor se refiere como ejemplo de un cierto deshielo producido tras la muerte de Stalin a la publicación de algunas obras de ficción, a la salida y rehabilitación de presos y deportados, pero matiza esta afirmación al mencionar cómo, ante los intentos liberalizadores en las democracias populares, la respuesta es la represión violenta por el ejército soviético en Berlín, en Budapest, en Poznan y en Praga. Tanto en Moscú como en las capitales de la órbita soviética el descontento trataba de paliarse con mejoras, concesiones nacionales y propaganda, pero el malestar preanunciaba el colapso de los años noventa, cuando el conjunto de la población rusa y del resto de los países socialistas, ansiaba el bienestar occidental. Esos años de declive serían la causa que explicaría la nostalgia del período estalinista, percibido como un momento en que el ciudadano ruso se sentía orgulloso del poder de su estado y confiado en la estabilidad económica.

Los siguientes artículos de Jesús Izquierdo, Jairo Pulpillo y Guillem Martínez analizan la presencia actual de la Revolución de 1917. El primero alude a la evolución sufrida en la apreciación de los partidos comunistas en la que, a la pérdida de prestigio durante los años ochenta y noventa a consecuencia del desplome de la URSS y las democracias populares, le ha sucedido cierta revitalización como consecuencia de la crisis económica. Martínez, rastrea la posición anticomunista defendida por el anarquismo español tras el regreso de Ángel Pestaña al II Congreso de la Komintern en 1920 y subraya el alineamiento del PCE con la burguesía en aquellas áreas sin tradición comunista, en lo que es una referencia a la Federación Provincial Campesina creada en Valencia durante la Guerra Civil, en oposición a la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra y a la CNT. La recuperación de cierto prestigio por el marxismo leninismo se habría hecho en el marco del movimiento 15M y dentro del partido surgido del mismo, *Podemos*. Pero su conclusión es más bien escéptica al considerar que tanto anarquismo como comunismo, sendas lecturas diferenciadas del

marxismo, son ideologías que a nadie preocupan, reducidas a la condición de simples posiciones estéticas.

Enzo Traverso cierra el volumen con un artículo en el que presenta las dos aproximaciones que tradicionalmente han caracterizado la revolución: como transformación socialista global y como base de los totalitarismos. Este autor define la revolución como un proceso con saltos y regresiones, en sintonía con los análisis de Fitzpatrick. En ese proceso el elemento emocional ha sido un factor de atracción de masas que, al institucionalizarse, suprimió la primitiva pluralidad revolucionaria. Pero rechaza calificar al estalinismo de “contrarrevolución burocrática”, aunque se aleje de la idea de democracia, porque lleva a cabo la consolidación del régimen nacido de octubre de 1917, y la ideología bolchevique contempla la violencia como opción legítima para la construcción del Estado. En la actualidad, incide en que la aparición de movimientos como *Syriza*, *Occupy Wall Street* o *Podemos* llevan a cabo una relectura del marxismo, dando lugar a un nuevo comunismo alternativo.

El otro gran libro español del año, y uno de los pocos que utiliza fuentes rusas, es *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia* de Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez-Monroe. En esta obra se lleva a cabo un extenso análisis de los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en Rusia y países de su entorno desde una perspectiva que combina aspectos políticos, diplomáticos y militares preferentemente, utilizando en diversas ocasiones una historia comparada que permite matizar y completar algunas de las interpretaciones recogidas en la ingente bibliografía existente sobre la Revolución rusa de 1917. Una de las características más positivas de este ensayo es que, al inscribir la mencionada revolución entre las producidas en otros países –Portugal, Turquía– soslaya el tratamiento hagiográfico comúnmente atribuido a la Revolución rusa. En su análisis de los factores que van a determinar la evolución del estallido revolucionario se remontan a 1905 y, como en el caso de 1917, la guerra es considerada un elemento determinante en la crisis revolucionaria. Con el fin de establecer la importancia de este factor, llevan a cabo un estudio de carácter militar en paralelo al de las relaciones diplomáticas que definirán la política adoptada por las cancillerías. Este enfoque hace que la explicación del período comprendido entre febrero y octubre sea muy precisa en cuanto a la evolución de la posición y el poder defendidos por cada grupo político según se desarrollen los acontecimientos, así como las formas que adoptan sus dirigentes para manifestar su influencia.

La conclusión a la que llegan es que tanto en 1905 como en 1917 lo que permitió un triunfo más o menos rotundo de los revolucionarios fue el fracaso de los poderes constituidos, interesándose especialmente en la táctica de los bolcheviques para mantener el poder en 1917. Resaltan por ello el pragmatismo bolchevique que les permitió consolidar su hegemonía política. En este caso, las biografías insertas en el relato de los acontecimientos sirven para entender un determinado giro político o unas medidas más o menos radicales. Esta interpretación se apoya en una sólida bibliografía y consultas documentales que permiten describir vívidamente la sucesión de acontecimientos a lo largo de 1917 y durante los años de guerra civil y sus secuelas asiáticas. Temas como la llegada de Lenin a la Estación de Finlandia de Petrogrado, asunto en el que difieren de la interpretación de Merridale respecto al papel de Parvus, a quien en ningún caso consideran un oportunista; la aparición de escuadras prefascistas en el verano de 1917, o la intervención rusa en la guerra civil española, en la que siguen la interpretación de Ángel Viñas, al señalar el limitado apoyo a la República porque la consideraban una posible plataforma para el relanzamiento del trotskismo, dan lugar a una visión caleidoscópica muy enriquecedora. La conclusión a la que llegan al estudiar la evolución de las relaciones exteriores de la URSS y la Rusia postsoviética, destaca la continuidad existente entre el desplazamiento de la revolución

hacia Oriente, una vez comprobado el fracaso de su difusión en Occidente, y la opción recogida por Putin tras la década posterior al desplome de la URSS. Esa modificación permite recuperar el papel redentor y civilizador de Rusia reivindicado por los eslavistas decimonónicos y ampliar el escenario geoestratégico que permite al actual presidente de Rusia identificarse con los grandes gobernantes que hicieron del antiguo Rus un imperio, sin olvidar el pasado de superpotencia durante el estalinismo. Después de ese recorrido, no es extraño que en el actual conflicto del Donbass, tal como indican Veiga, Martín y Sánchez-Monroe, coexistan banderas rojas e imperiales.

4. SÍNTESIS

Un libro muy vendido ha sido la *Breve historia de la Revolución rusa* de Mira Milosevich. En el prólogo a su libro expone la razón por la que en una síntesis que se titula breve decide enmarcar la Revolución rusa de 1917 desde el siglo IX hasta nuestros días. Apoya su justificación en el significado marxista del concepto de revolución como ciclo que permite la transformación profunda de una sociedad. Por ello, para explicar las causas que condujeron a la sociedad rusa a levantarse contra la autocracia zarista decide estudiar un período de cien años, precedido por la descripción de los factores definitorios de la política, la economía, las mentalidades y la cultura. Inspirándose en Figes, compara dos ciudades, San Petersburgo y Moscú, las cuales simbolizarían las dos almas rusas, la europea y la oriental-bizantina. De ambos modelos derivarán estructuras políticas, costumbres y estéticas que en una extraordinaria síntesis nos conduce a través de los insuficientes cambios emprendidos por el zarismo, el potente activismo revolucionario ruso del XIX y los grupos políticos que lo practican, la Revolución de 1905 como antecedente y ensayo de la del 17 y las reformas a las que esta dio lugar. La estructuración de su discurso es clara, alternando la exposición diacrónica y la temática de lo que resulta un completo fresco en el que los hechos aparecen relacionados de forma descriptiva. La revolución y el final de la guerra civil, constituyen, según su esquema, la primera fase de este proceso revolucionario que prolonga hasta 1928, cuyo objetivo no sería sólo la emancipación de la clase trabajadora sino también la modernización del país, siendo muy crítica con los métodos empleados para alcanzar los objetivos económicos fijados. Su análisis sigue las interpretaciones de estudiosos clásicos del tema –Pipes, Figes, Carr, Hill– tanto en lo referido a la sucesión de los acontecimientos entre febrero y octubre como al peso de la guerra en el proceso de bolchevización y también en el apoyo de las masas tras la toma del poder por el Partido Bolchevique, que califica de golpe de Estado.

La segunda fase de ese proceso revolucionario coincidiría con el estalinismo, régimen que define como totalitario, resaltando las similitudes existentes con los fascismos y el nazismo. Pese al terror ejercido es, sin embargo, un régimen y un dirigente que se legitiman gracias a la victoria en la II Guerra Mundial. Milosevich niega que Stalin traicionase la revolución y afirma que, por el contrario, la consolidó, siguiendo las pautas marcadas por Lenin. En esta segunda fase revolucionaria industrialización, purgas, proletarización social y cultural y promoción educativa de obreros y campesinos son valorados por la autora como una revolución desde abajo contra la *intelligentsia* de la vieja guardia. Las purgas merecen un capítulo aparte, consideradas como prolongación de otras etapas de ejercicio del terror como coerción política y social.

La tercera fase del ciclo se caracteriza según la autora por los procesos de desestalinización y los intentos de democratizar y descentralizar el PCUS. Milosevich subraya la incompatibilidad de democratizar el comunismo, al que ni Jrushchov, ni Breznev ni Gorbachov renunciaron. En sus conclusiones, la autora destaca los éxitos en educación, ciencia, divulgación cultural, industrialización contrapesados por el uso sistemático de la

violencia y un sistema clientelar de recompensas. Esa forma de ejercer el poder que ha sobrevivido en la Rusia postcomunista liderada por Putin, ha conseguido de este el símbolo que defiende las antiguas tradiciones nacionales y cierra las heridas históricas, contando para ello con el control de los medios.

En *La Revolución rusa: Historia y memoria*, José M. Faraldo evita la descripción enumerativa de hechos para, buceando en fuentes originales rusas dar una nueva visión en la que se incorporan los testimonios de personas anónimas de distintas ideologías. Esta opción la relaciona con su propia tarea investigadora a la hora de valorar la evolución experimentada por el reconocimiento más o menos positivo de los logros y fracasos de esa revolución mitificada. En su interpretación la revolución no es sólo octubre, caracterizado como un pronunciamiento, sino que es el levantamiento de febrero el que reconoce como verdadero acto revolucionario “feminista y social” (p. 53), al que Lenin no se incorpora hasta estar seguro de que ha triunfado. Frente al protagonismo bolchevique, destaca el peso de otros partidos como los eseristas o los mencheviques, activadores de medidas económicas y sociales de gran importancia, así como de los anarquistas, más relevantes por su influencia sobre los anteriores que por su número. El alineamiento de estos últimos con los bolcheviques es valorado como un error dado el uso oportunista que los bolcheviques hicieron de las reivindicaciones anarquistas.

Frente a la visión idílica de la revolución ofrecida por los autores marxistas, Faraldo no oculta la violencia desencadenada tras la apertura de las cárceles en los primeros meses, pero resalta también el ambiente de libertad e independencia que se vivía, descrito por un médico anarquista. Sobre ese escenario en el que coexisten y se oponen Gobierno Provisional y sóviets, defiende la honestidad en el trabajo legislativo de los mencheviques, si bien el retraso en la aplicación de las leyes y la propaganda bolchevique desprestigian su labor dentro del Gobierno y son causa no sólo del avance bolchevique sino de la práctica irrelevancia de ese partido. Respecto a la toma del poder por los bolcheviques en octubre, el autor destaca la infiltración bolchevique en el CMR, que envía comisarios a las unidades militares con la consigna de no obedecer sino al Comité para defender la revolución, lo que les permite con pocos efectivos militares hacerse con el poder. Desde ese momento, la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, facilita el ejercicio de la violencia contra los oponentes políticos y la conservación del poder. La consecuencia es un estado militarizado que, según Faraldo, constituye una de las señas de identidad del comunismo. Aunque el Estado se defina como socialista, se trata de una de las primeras dictaduras del siglo XX. Si los hombres de febrero reclamaban más democracia, lo que se impone es el punto de vista de Lenin que exige disciplina y uniformización. Para el autor lo que hace excepcional esta revolución en la forma radical en que se llevó a cabo el proceso de modernización que, siempre insiste, se inspiró en Occidente y no en los rasgos orientales que, según algunos, configurarían la cultura rusa.

Quizá el libro más mediático del año haya sido *La venganza de los siervos. Rusia 1917* de Julián Casanova. Se trata de una síntesis bien escrita, basada en bibliografía secundaria exclusivamente anglosajona, y que tiene como eje la consideración de la pluralidad de revoluciones dentro del proceso general revolucionario. Casanova habla de “un caleidoscopio de revoluciones”, imagen muy gráfica y que permite comprender la intensa pluralidad y diversidad de lo que sucedió a lo largo y ancho del extenso espacio euroasiático. El autor ha buceado bien en las investigaciones publicadas en inglés más recientes, decantándose por la historia social. Su talento sintetizador le ha permitido hacer un libro que acerca al gran público algunas ideas, de conocimiento general dentro del mundo de la investigación sobre Europa oriental, pero desconocidas más allá de él.

5. ANARQUISMOS

Un tema relativamente poco tratado al analizar la Revolución rusa ha sido la contribución del anarquismo a la misma. Dos obras aportan una nueva lectura del proceso que nos ocupa, revisando el papel jugado por el anarquismo en dicho proceso. Se trata de los libros de Carlos Taibo *Anarquismo y Revolución en Rusia. 1917-1921* y *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa* de Julián Vadillo. En el primero Taibo traza una genealogía del anarquismo ruso a lo largo del siglo XIX y las corrientes existentes en su seno y evalúa la importancia de esta ideología en el movimiento campesino, su participación en los sóviets tanto de 1905 como de 1917, en los consejos de fábrica, en los sindicatos y en las comunas rurales creadas por ellos. Estudia el empleo de la violencia como táctica revolucionaria, cuestionada en ocasiones por los propios líderes anarquistas, lo que suscitó debates dentro del movimiento y virulentas críticas de los dirigentes comunistas, como la cita tomada de Rosa Luxemburgo que califica a los anarquistas de “canalla contrarrevolucionaria”. Esta percepción se vería acentuada al dividirse el anarquismo durante la Gran Guerra en una mayoría antimilitarista y una minoría defensiva liderada por Kropotkin, lo que justificaría una cierta debilidad en el revolucionario Petrogrado de 1917. Sin embargo, Taibo resalta su influencia en el partido de mayor implantación en Rusia entre los trabajadores, los eseristas, herederos de los antiguos *narodniki*. Más tarde su influencia se dejó sentir también entre los propios bolcheviques, inspirando organizaciones comunales, potenciando una nueva valoración de la mujer en la vida pública, fruto de su liberación o participando en las jornadas del verano del 17 y de octubre. Pero esa colaboración pronto suscita enfrentamientos entre anarquistas y bolcheviques: el control obrero de las fábricas, el comunismo de guerra, la supeditación de los sindicatos al control del Partido Bolchevique son valorados muy críticamente por Taibo que considera que la reducción del número de militantes no se debe sólo a un trasvase de los mismos a las filas bolcheviques sino a la represión que sobre ellos se ejerció. En su revisión de la participación anarquista en la guerra civil, destaca la atención prestada al movimiento liderado por Nestor Majnó al que califica de libertario más que de anarquista, un movimiento de masas campesino en el que coexistían posiciones ideológicas diversas, que colaboró con los bolcheviques en su lucha contra los “blancos” y los nacionalistas de Petliura, pero que finalmente fue reprimido. En cuanto a la polémica historiográfica sobre la definición de la ocupación del poder soviético por los bolcheviques, reconoce factores golpistas en la acción llevada a cabo para arrebatarse el poder al Gobierno Provisional, pero considera que fue consecuencia del levantamiento popular con el que acabaría más tarde el propio Consejo de Comisarios del Pueblo. El análisis realizado por Taibo se apoya en una amplia bibliografía que incluye autores rusos, anglosajones y franceses aportando de este modo puntos de vista diversos y menos frecuentes.

Julian Vadillo coincide con la corriente historiográfica mayoritaria al considerar la Revolución rusa un acontecimiento fundamental por su repercusión universal y fortalecimiento del movimiento obrero. Pero considera que los relatos canónicos analizan de forma simple, por oposiciones binarias de “rojos” frente a “blancos”, mencheviques contra bolcheviques o Lenin contra Kerenski, un contexto de enorme complejidad, en el que partidos y organizaciones se enfrentan entre sí y luchan unidos contra el inmovilismo zarista y burgués. Su revisión aborda el estudio de una de las fuerzas menos investigadas por la historiografía española: el anarquismo ruso en la revolución de 1917 y en la guerra civil, siendo su objetivo la divulgación de dicho tema. Su obra, se apoya en una amplia y variada bibliografía en la que no faltan las fuentes documentales rusas, francesas y estadounidenses, enriqueciendo con detalles puntuales su exposición. El gran problema del libro es el haber renunciado a señalar –ya fuera en notas al pie o finales– de dónde

proviene la información utilizada. Esto obliga al lector a intentar dilucidar las fuentes de cada información concreta a través de la bibliografía.

En la necesidad de dar a conocer nombres de anarquistas relevantes que, salvo excepciones, han permanecido oscurecidos en la descripción del proceso revolucionario, Vadillo opta por incorporar al relato las biografías de sus líderes más destacados –Bakunin y Kropotkin– pero también las de Volin, Bekman, Maximov, Majnó... y las de las mujeres de sus organizaciones: Emma Goldman, Mollie Steimer, Senia Flechine y Fanny Baron. Estos apuntes biográficos le sirven de introducción para fijar el desarrollo ideológico a lo largo del siglo XIX, y su participación directa en los primeros sóviets de 1905. Al analizar el papel desempeñado por el anarquismo en 1917, concluye que los anarquistas eran la principal fuerza alternativa de carácter revolucionario frente a los bolcheviques, pero su número escaso y su fragmentación les condujeron a la invisibilidad. En 1917 las organizaciones anarquistas mantienen una decidida actitud de profundizar en el cambio social, experimentando un notable crecimiento e influencia en consejos obreros, sindicatos y sóviets. Este prestigio se alterará pronto, ya que se producirá el enfrentamiento con los bolcheviques, pese a la colaboración en las jornadas de octubre. Los intentos para configurar un órgano coordinador de las distintas facciones anarquistas fracasan y la reaparición de atentados legitima la represión bolchevique y provoca una disminución de sus afiliados que, en algunos casos engrosaron las filas bolcheviques. Su oportunidad para ensayar una estructura social libertaria se la ofrece la guerra civil. En Galai Pole, gracias a la derrota del nacionalista ucraniano Petliura, Nestor Majnó promoverá la creación de comunas campesinas que controlaban sus medios de producción expandiéndose en el área del Donetz. Según el autor esas comunas constituyeron el gran laboratorio social de la revolución, pero su vida fue corta y turbulenta, siendo desmanteladas por el Ejército Rojo y debiendo su líder huir, pese a la eficaz ayuda que había prestado a los bolcheviques para derrotar a Denikin y los señores de la guerra que asolaban Ucrania. Más conocida, su descripción de la sublevación de Kronstadt pone de manifiesto la pervivencia del componente libertario y revolucionario que persistía en la base y que los relatos marxistas más ortodoxos trataron de desvirtuar. Concluye que la derrota de Kronstadt supuso el fin del anarquismo en Rusia, porque sus integrantes no tuvieron más opción que el exilio, el gulag o la ejecución.

6. CONCLUSIONES

No hemos querido realizar una exploración exhaustiva de todo lo publicado durante este año (en la bibliografía final hacemos mención a libros no analizados en el texto), sino que hemos preferido prestar atención a las publicaciones que consideramos más relevantes y poniendo el foco en la aportación original de los autores españoles. Uno de los rasgos más característicos de la extensa producción bibliográfica y hemerográfica en nuestro país sobre el tema ha sido el intento de indagar en la revolución de 1917 con el fin de encontrar pautas explicativas que expliquen y orienten la acción política actual. Es cierto que la apertura de los archivos soviéticos tras el hundimiento de la URSS ha favorecido una revisión desmitificadora, historicista, que se ha visto compensada por la renacida fascinación por el tema, producto del aumento de la desigualdad y los movimientos sociales de los últimos tiempos. El centenario ha aportado pues una serie de materiales interesantes que, a la vista de lo escasamente debatido en revistas y periódicos, deberá esperar a ser digerido y discutido.

7. BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, S. (2017): *Octubre 1917*, Barcelona, El Viejo Topo.
ANDRADE, J. y HERNÁNDEZ, F. (2017): *1917. La Revolución rusa 100 años después*, Madrid, Akal.

- BOCHKARIEVA, M. (2016): *El Batallón de las Mujeres de la Muerte*, Santander, El Desvelo.
- CASANOVA, J. (2017): *La venganza de los siervos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- FARALDO, J. M. (2017): *La Revolución Rusa: Historia y memoria*, Madrid, Alianza Editorial.
- FAULKNER, N. (2017): *La Revolución rusa. Una historia del Pueblo*, Barcelona, Pasado y Presente.
- FEDORCHENKO, S. (2016): *El pueblo en la guerra*, Madrid, Hermida Editores.
- FIGES, O. (2017): *Los que susurran*, Barcelona, Edhasa.
- FITZPATRICK, S. (2017): *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid, Siglo XXI.
- FONTANA, J. (2017): *El siglo de la Revolución*, Barcelona, Crítica.
- HARRIS, J. (2017): *El Gran Miedo*, Barcelona, Crítica.
- LARGO, M. T. (2017): *La Revolución Rusa. La fábrica de una nueva sociedad*, Madrid, Catarata.
- LAVAL, C. y DARDOT, P. (2017): *La sombra de Octubre*, Madrid, Akal.
- MAWDSLEY, E. (2017): *Blancos contra Rojos. La Guerra Civil rusa*, Madrid, Desperta Ferro.
- MCMEEKIN, S. (2017): *Nueva Historia de la Revolución rusa*, Madrid, Taurus.
- MERRIDALE, C. (2017): *El tren de Lenin*, Barcelona, Crítica.
- MIÉVILLE, C. (2017): *Octubre*, Madrid, Akal.
- MILOSEVICH, M. (2017): *Breve historia de la Revolución rusa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- OLLIVIER, J. P. (2017): *¿Cuándo amanecerá, camarada?*, Madrid, Clave Intelectual.
- RAPPAPORT, H. (2017): *Atrapados en la Revolución rusa*, Madrid, Palabra.
- SADOUL, J. (2017): *Cartas desde la Revolución bolchevique*, Madrid, Turner.
- SERGE, V. (2017): *Medianoche en el siglo*, Madrid, Alianza Editorial.
- TAIBO, C. (2017): *Anarquismo y revolución en Rusia. 1917-1921*, Madrid, Catarata.
- VADILLO, J. (2017): *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Guadalajara, Volapuk.
- VEIGA, F.; MARTÍN, P. y SÁNCHEZ-MONROE, J. (2017): *Entre dos Octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y Guerra Civil en Eurasia*, Madrid, Alianza Editorial.
- WADE, R. (2017): *1917. La Revolución rusa*, Barcelona, Planeta.
- ZGUSTOVA, M. (2017): *Vestidas para un baile en la nieve*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.